

**GÓMEZ, Esteban C., *El eco de las descargas*, Barcelona, Escego, 2002.**

En la contraposición entre memoria colectiva (o pública) y memoria individual (o privada) a menudo se presta poca atención a dos de sus principales ámbitos de conservación y reproducción, como son la familia y la comunidad local. En ellos la distinción entre memoria pública y privada es difícil, una y otra suelen confundirse, sobre todo en las pequeñas comunidades donde la sociedad sigue siendo básicamente familiar y predominan las formas de transmisión oral del recuerdo. En estos casos se crea una memoria paralela, no siempre coincidente con la memoria dominante ni con los mecanismos que ésta utiliza para imponerse o perpetuarse, como la socialización escolar, los monumentos y conmemoraciones, la propaganda oficial o la reelaboración historiográfica.

La memoria familiar, como memoria privada, sobrevive unas pocas generaciones, aunque tiene también sus mecanismos internos de reproducción: la casa, el “solar” en el sentido etimológico del término, los relatos, las fotografías, las cartas, los libros u objetos transmitidos de una generación a otra. Muchos factores externos pueden contribuir al mantenimiento o la desaparición de esa memoria: la continuidad habitativa en un lugar determinado o las migraciones, la mayor o menor descendencia, el poder económico o el prestigio social. Pero durante un tiempo algunos recuerdos, en especial los relacionados con sucesos traumáticos como una muerte violenta o con hechos que han adquirido un significado social, se mantienen con una intensidad a veces sorprendente.

La memoria local, como memoria pública, dispone de más mecanismos de reproducción y reelaboración: las plazas y monumentos, los nombres de las calles, las fiestas y lápidas, las crónicas locales. Son mecanismos, en general, más importantes cuanto mayor es la población, aunque existen otros factores relacionados con la situación geográfica y el poder económico

y sociocultural, por ejemplo el aislamiento, la existencia de una economía comercial o de una sede institucional o religiosa. Hay bastantes diferencias entre la memoria de una capital, que incluso puede llegar a ser decisiva en la formación de la identidad nacional, y la de un pequeño pueblo de economía agraria, en el que la memoria común sigue teniendo una estrecha vinculación con la familiar (la “casa” de origen). Pero en uno y otro caso, por debajo de la memoria oficial conviven memorias diversas que se superponen a distintos niveles (la calle, el barrio), que son inter e intrafamiliares, y orales, aunque algunas acaben siendo recogidas por los cronistas locales. Y sobre las cuales se funda la continuidad de una comunidad local o urbana como dato sociológico, más allá de su dimensión jurídico-institucional y, de creer a las encuestas, la identidad básica de la mayoría de los españoles.

La represión franquista en Jaca, “cuna de la República”, ha sido narrada por Esteban C. Gómez sobre la base de preciosas fuentes escritas y orales, con más de cien entrevistas personales. Entre las primeras destacan el diario del profesor de instituto Florentín Ara, quien permaneció escondido durante más de tres meses, las actas del consejo de guerra contra Alfonso Rodríguez “el Relojero”, los relatos de la maestra Pilar Ponzán y de Joaquín Maurín, preso en Jaca hasta septiembre de 1937, y los archivos de la jefatura local de FET y de las JONS. También la prensa franquista, en especial *Jaca Española* dirigida por Ricardo del Arco, y la republicana en la que escribían los huidos de julio de 1936, como el semanario *Jaca* renacido como portavoz del Batallón del Alto Aragón.

El libro documenta con precisión no sólo el número e identidad de las víctimas, sino también los métodos de la represión, como el recurso a las fotografías realizadas durante algunos actos y manifestaciones republicanas, y a

las listas incautadas o elaboradas por Falange de los afiliados a los partidos y sindicatos de izquierda, a organizaciones como el Socorro Rojo o al semanario *Jaca*, de la UGT. Así como los escenarios (los "lugares de la memoria" local como la torre de la cárcel, el campamento de Batiellas o el fuerte de Rapitán), las depuraciones de funcionarios, las multas y expropiaciones, la violencia sobre las familias de los huidos y fusilados (los rehenes del Seminario Diocesano). La participación de una parte de la ciudadanía y del clero, incluso empuñando las armas, en los distintos niveles del aparato represivo, la propaganda aplastante, las misas y los rituales de celebración protagonizados por los falangistas y requetés. La repugnancia de no pocos representantes de la derecha conservadora que, sin embargo, asistieron impasibles a la brutal represión llevada a cabo por el ejército con la ayuda de algunos jóvenes de sus propias familias, aunque hubo quien prefirió marchar al frente antes que participar en los crímenes de la retaguardia. O la depuración *a posteriori* en las filas de la FET local, expulsando a los militantes de pasado izquierdista que habían buscado protección en ellas, una muestra más de cómo la política de la venganza dominó sobre cualquier tentación de integrar al enemigo en un pretendido proyecto fascista. De que Falange cumplió, aunque no fue ni mucho menos la única responsable de la violencia, una útil función durante todo el franquismo de guardián (*gatekeeper*) de la memoria de la guerra, bien recompensada con poder político y prebendas personales, como demostraría luego la rápida carrera de algunos de los más activos participantes en la represión..

Y, por encima de todo, las sucesivas "sacas" de labradores, jornaleros, obreros, artesanos y albañiles, pero también de comerciantes, pequeños industriales, médicos y farmacéuticos; de militares, guardias civiles, guardias de asalto y carabineros que se habían opuesto a la rebelión; de ferroviarios de Canfranc, de telegrafistas de Jaca, de alcaldes, concejales, secretarios y empleados

municipales, de maestros de varios pueblos de la comarca, de alumnos del Colegio Evangélico, de amas de casa y jóvenes estudiantes, casi 400 muertos en total desde el 28 de julio de 1936 hasta 1942. Uno de los últimos, el 5 de agosto de 1941, fue Alfonso Rodríguez "el Relojero", las actas de cuyo juicio despejan cualquier duda sobre la responsabilidad de una parte de la sociedad civil jacetana en la represión. Una violencia que sólo en parte fue de clase, pues tuvo como objetivo principal las instituciones, las organizaciones y los protagonistas del periodo republicano, más allá de su procedencia social, de su muy distinta ideología o incluso de su comportamiento concreto en los años precedentes, que en muy pocos casos podía explicar —mucho menos justificar— una venganza personal.

No es de extrañar que Joaquín Maurín recordara que, al llegar a Jaca en su huida desde Galicia, «apenas se veían hombres en las calles. Los jóvenes habían desaparecido por completo: huyeron, fueron movilizados o estaban presos. Se respiraba un ambiente general de tensión»<sup>1</sup>. El 21 de agosto de 1936, un día después de que varios falangistas asesinaran a Félix Godé, maestro de Jaca (en total fueron trece los maestros ejecutados), Florentín Ara escribía en su escondite:

«Me dicen que mi buen amigo Félix Godé fue ayer muerto criminalmente. ¿De qué se le acusó? Republicano sincero, fuimos juntos a algunos actos de propaganda; Secretario del Tribunal de los cursillos del Magisterio de esta provincia, era un maestro enamorado de su profesión y trabajador entusiasta. ¿Qué daño hizo? Sí, cometió el grave delito de ser un hombre que pensaba y trabajaba. La vida le sonreía y la canalla fascista, conocedora de su propia inutilidad, no puede consentir vidas sonrientes por la virtud, la

<sup>1</sup> MAURÍN, Jeanne, *Cómo se salvó Joaquín Maurín. Memorias y testimonios*; Maúrid, Ediciones Júcar, 1980. También PONZÁN, P., *Lucha y muerte por la libertad (1936-1945)*, Barcelona, 1996.

inteligencia y el trabajo. ¡Pobre amigo mío! Y como él, ¿cuántos maestros han caído? Odian la enseñanza porque ven en ella la salvación de los pueblos y los maestros, esos hombres a quienes la República dignificó como tales y como su misión merece, son hoy uno de los blancos del plomo homicida. ¡Asesinos!...» (p. 221).

Mientras tanto el capuchino Hermenegildo de Fustiñana, descrito por Maurín como un «pajarraco agorero», escribía una carta al padre de Mariano Acín, otro maestro fusilado el 7 de agosto, pretendiendo consolarle con palabras como las siguientes:

«Constantemente proclamaba que era inocente y cuando le hice ver que la justicia humana era severa, que no admitía mitigaciones, comprendiéndolo todo, porque había recibido una buena educación y sólidamente cristiana, se confesó humildemente, en el instante mismo de morir aún le di el crucifijo para que lo besara, muriendo como mueren los santos. En medio de la desgracia que a Vds. aqueja, creo que es un gran consuelo para los padres y esposa cristianos, saber que ha muerto dignamente, y no como muchos de sus compañeros, que se negaron a reconciliarse con Dios» (pp. 209-210).

Lo que demuestra el libro de Esteban C. Gómez, de manera tan efectiva como ajena a cualquier pretensión epistemológica, es la persistencia de la memoria a pesar de cuarenta años de represión y miedo. El centenar largo de fotografías de las víctimas que el autor ha recopilado con la ayuda de Roentgen Beltrán –hijo de Antonio Beltrán “el Esquinazau”, jefe de la 43 División en la “Bolsa de Bielsa”– son buena prueba de ello, al igual que las emocionantes cartas de despedida de los padres, madres, hermanos o hijos antes de ser fusilados, guardadas por sus familias.

La memoria de la guerra y la violencia fue, por la propia naturaleza del franquismo, sinónimo de resistencia para los vencidos, igual que para los vencedores lo fue de justificación y legitimación. Sí existió una auténtica cultura política de los vencidos que no

marcharon al exilio, hecha sobre todo de recuerdos, a veces de solidaridad, de gestos implícitos y actos silenciosos de rebeldía, que muy pocas veces han dejado rastro o memoria pública, y que está todavía en gran parte por estudiar aunque cada vez resulte más difícil por el carácter oral de las fuentes. Ello no significa que deba hacerse una interpretación de esa cultura exclusivamente “resistencial” (con su opuesto de “colaboracionismo”), pues dejaría muchas actitudes intermedias sin explicar. Porque la mayor parte de los vencidos tuvo primero que aprender, según sus propias palabras, a «convivir con los verdugos» y luego construir su propia vida en el marco social del nuevo régimen. No sabemos mucho sobre las formas que adquirió ese lento proceso, esa disyuntiva entre la memoria y la vida parafraseando a Jorge Semprún, cuyo estudio pertenece por derecho propio al ámbito de la historia social y local, aunque sabemos que a la larga resultó decisivo para el éxito de la democracia. Tampoco sobre cómo esa cultura/memoria de la derrota enlazó con las nuevas formas de oposición política surgidas en el interior desde finales de los años cincuenta, casi siempre dentro de organizaciones del régimen o la Iglesia, y por iniciativa de personas vinculadas directamente, o por familia, educación o socialización, a los vencedores de la guerra. Hasta qué punto la modernización, la urbanización y la emigración consiguieron lo que no habían conseguido la violencia, la escuela, la parroquia o la propaganda franquista, y hasta dónde el “aprendizaje de la libertad”, como ha sido definido recientemente, tuvo que partir de cero, si es cierto que «los conceptos de ‘memoria’ y ‘aprendizaje’ son inseparables» como ha escrito Paloma Aguilar.

El número y la lista con los nombres de los fusilados en Jaca ya habían sido publicados con anterioridad, pero esta nueva obra ha tenido el mérito de devolverles la imagen, gracias a una valiosa documentación fotográfica, el sentimiento transmitido a través de sus diarios, documentos y cartas de despedida, y el testimonio de quienes les

conocieron<sup>2</sup>. No han sido tantas como se preveía las polémicas que por la mención con nombre y apellidos de las personas implicadas directa o indirectamente en la trama civil de la represión, sin duda la parte más problemática de una narración semejante en ámbito local. Esteban C. Gómez no es un historiador profesional, ni según él mismo afirma ha pretendido hacer una aportación a la ya abundante historiografía sobre el tema, sino una reivindicación de la memoria dirigido a una colectividad concreta. Incluso con sus evidentes defectos en la planificación y redacción, el libro ha conseguido su objetivo y entre los descendientes de los represaliados sólo se lamenta que muchos no hayan podido verlo publicado. Y ha dejado claro que, demasiado a menudo, la reconstrucción historiográfica ha tenido muy poco que ver con la recuperación de la memoria colectiva y con el compromiso ético que, al menos en teoría, los historiadores solemos reivindicar para nosotros. Algo que en los últimos años ha empezado a cambiar, provocando como sabemos respuestas que sólo han sabido oponer ideología al empeño de tantos historiadores por combinar rigor científico con un “léxico civil” propio de una sociedad reconciliada y pacificada –no precisamente por mérito del franquismo y sus seguidores– pero también libre y democrática.

**Javier Muñoz Soro**

---

<sup>2</sup> En CASANOVA, Julián, CENARRO LAGUNAS, Ángela, CIFUENTES, J., MALUENDA, M.P. y SALOMÓN, P., *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992. También MUÑOZ SORO, Javier, “Joaquín Maurín: un revolucionario en Jaca”, *El Pirineo Aragonés*, 24-VI-1993, pp. 25-28 y “La Guerra Civil en Jaca”, en D. Buesa Conde (dir.), *El Alto Aragón, historia de una convivencia*, Huesca, Publicaciones y Ediciones del Alto Aragón, 1993, pp. 288-290.